

UN REINO DE TAIFA

Molina, en la geografía árabe y en la historia cidiana

Para contribuir al homenaje que Burgos y la Institución Fernán González tributan ahora a la egregia figura del Cid Campeador, con motivo de la inauguración de su estatua, nos hubiera placido escribir de un personaje importante y no todo lo conocido que debiera ser, aunque se cita repetidas veces en el «Poema de Mío Cid». Me estoy refiriendo al rey moro Aben Galbón, señor de Molina y fraternal amigo del Campeador. Empieza a ser citado en el Cantar hacia los versos 1463 y siguientes, cuando al recibir Alfonso VI, de manos de Alvar Fáñez de Minaya, los cien caballos que el Cid le enviara como regalo, accedió el monarca castellano a que salieran de Cardeña para Valencia doña Jimena y sus hijas, con un lucido acompañamiento de ciento sesenta y cinco caballeros:

«Vayades a Molina, que iaze más adelant,
tiénela Avengalbón, mío amigo es de paz,
con otros ciento cavalleros bien vos conssigrá».

Pero como creo recordar que ya traté de este personaje en nuestro «Boletín» hace tiempo, insistiendo después para que la estatua del rey moro Aben Galbón figurara entre las que dan cortejo y guardia de honor a Rodrigo Díaz de Vivar, iniciativa y deseo que se realizó, he de ampliar el tema cidiano a la descripción de los territorios molineses. Lajo el poderío musulmán, hasta el momento en que aquellas comarcas

fueron reconquistadas por las armas cristianas, erigiéndose en señorío independiente.

* * *

Casi en el centro de España, en los límites de Castilla la Nueva con Aragón, dentro de la provincia de Guadalajara—voz árabe que quiere decir *río de piedras*—se halla situado el antiguo señorío de Molina, antes reino de taifas de Abén Galvón y hoy flamante partido judicial. Molina de Aragón, su capital, muestra orgullosa el imponente castillo de cuadradas torres, su recinto amurallado, una soberbia torre albarrana, de arquitectura árabe, todo reformado por los cristianos, y uno de los monumentos nacionales militares mejor conservados.

En la comarca molinesa vivieron los moros africanos a placer, sembrando de castilletes y de atalayas los cerros estratégicos de la misma. Todo les encantaba allí a los musulmanes: la región silvestre, áspera, en la que desciende el Tajo estrechamente encajonado por las rochas de Peralejos de las Truchas y Taravilla. por enormes y tremendos desfileros; los viejos pinares coronando las crestas de sus muelas, las ricas minas de hierro que cobijan en sus entrañas, los numerosos rebaños que pastaban en sus valles, y las aldeas aborígenes, fácil presa de la rapiña, que ocultaban su laboriosidad en las sinuosidades del montuoso terreno.

La presencia de los árabes conquistadores en la región molinesa no sólo está atestiguada por los monumentos, por las torres cuadradas que para su defensa alzaron en las cumbres de los cerros, curiosas ruinas que en nuestros días puede contemplar el viajero; a la par que las piedras lo cuentan las crónicas de la época y toda clase de documentos históricos. Por ellos consta que la mitad de las casas de Molina que pertenecieron a Avolaffia (Abu Yahie) fueron cedidas en 1175, después de la Reconquista, por la condesa doña Ermesenda, viuda ya del conde don Manrique de Lara, primer señor de Molina, al maestre de Calatrava.

Hagamos un poco de historia sobre el emirato en Molina. Rota la cohesión del imperio goda en la batalla del Vadi-Beca o Guadalete, muerto el rey don Rodrigo y disperso el ejército, símbolo de soberanía, quedaron los árabes de Tarik, Muza y Abdelazis dueños de España, siguiendo los itinerarios que señala el relato del *Ajbar Machomua*, traducido por Dozy en sus *Recherches* (1). Es curioso leer en los más antiguos historiadores de Molina que la Muela Utiel, montaña enclavada en la

(1) Tomo I, pág. 86.

serranía de Peralejos de las Truchas, se llamó Muela del Conde Don Julián, el famoso gobernador de Ceuta y traidor a la monarquía visigoda, que en este monte alzó—al menos así lo asegura la leyenda—una fortaleza cuyas ruinas aun se conocen con el nombre de ese personaje casi legendario. ¿Cómo pudo llegar hasta allí «ese varón noble—según el Anónimo de Córdoba—que acompañó a Muza en sus expediciones y le siguió luego a la corte del califa»? No hemos hallado testimonios históricos dignos de crédito; pero la voz de la tradición y las leyendas comarcanas recogidas por los eruditos así lo aseguran. Sobre el lomo forestal de la Muela Utiel se alzan todavía las ruinas de un torreón árabe, cabalgando en la roca y rodeadas de pinos negrales, a las que las gentes del contorno llaman «el castillo del conde don Julián». Antes este cerro se llamó la «Muela del Cuende godo».

Lo cierto es que las crónicas árabes, al referir los triunfos de Tarik, hablan de las sierras de Molina superadas por los conquistadores de Toledo; los «Anales complutenses» la nombraban también, consignando que en 1009 penetraron hasta allí las algaras—incursiones en tierra de moros—de Sancho García, conde de Castilla, y en las tradiciones locales viven las proezas de sus reyes musulmanes, especialmente el último, Aben Galvón, que fué amigo del Cid y al cual se cita repetidas veces en el Poema. Quizá hubo una ciudad de Molina árabe, no lejos de la actual, pues así lo dejan entrever algunos autores, como Sancho Izquierdo, que opina así: «... y a la vieja Molina asolada por las guerras, en cuyo solar, no lejos de Rillo, se descubrían poco tiempo hace restos de mezquita y edificios sarracenos, sustituyó algo más abajo la nueva población, a la cual otorgó el conde (don Manrique de Lara) especiales fueros por los años de 1154» (2).

¿Cómo sería la vida en los territorios molineses en la época del emirato? En virtud de las capitulaciones concertadas al principio entre árabes y godos, los cristianos conservaron su religión, templos, monasterios, jerarquía eclesiástica, culto y ritos mediante la onerosa carga que registra el P. Enrique Flórez (3). Se sabe que las antiquísimas parroquias molinesas de San Martín y otras pudieron subsistir durante la dominación musulmana.

Molina quedó dueña de sus poblaciones y bienes, con una aparente organización administrativa propia, bajo la autoridad política sarracena, aunque sometidos sus habitantes, sin distinción de razas ni de

(2) Miguel Sancho Izquierdo: *Fuero de Molina de Aragón*. Madrid, 1916.

(3) *España Sagrada*, t. X, pág. 267.

religiones, a la contribución o karradj de que nos habla Dozy (4). Claro es que, como dice Codera, a pesar de todo se les encerraba en un círculo de hierro que impedía su desarrollo y el obrar como un Estado dentro de otro. El emirato en España fué un fiel reflejo del Gobierno de Damasco: la inestabilidad de los sirios encontraba en la Península mora su eco.

En el territorio de Molina, como en las restantes regiones españolas, salvo el confin astur, el pueblo cristiano había pasado de la dominación visigoda a la árabe, con su derecho a administración, creencias, cultura, idiomas, trajes y costumbres; pero poco a poco la convivencia forzosa con el invasor iba deslustrando el colorido indígena, pues vestían los mismos trajes e incluso hablaban los católicos molineses el árabe. Eran ya los tiempos del Califato de Córdoba. La política califal era más absorbente que la de los emires; menos tolerante de lo que el liberal don D. Modesto Lafuente quiere darnos a entender. Los abderramanes destruyeron templos y monasterios, quemaron bibliotecas mozárabes, confiscaron bienes de cristianos e hicieron innumerables mártires. Abderramán III persigue tanto a los católicos que éstos huyen a la aspereza de las sierras y a los bosques impenetrables. Por eso es tan remoto el origen cristiano de las bravas serranías molinesas y tan frecuente la aparición de imágenes de la Virgen en cuevas y breñales del Alto Tajo y del Gallo, como las de Ribogorda y de la Hoz, escondidas sin duda alguna por los mozárabes visigodos al huir de los sectarios de Mahoma.

Y así llegamos a la caída de los Homeyas. Cuando se partió en pedazos la herencia de los califas, llegaron a España, como es sabido, innumerables tribus norteafricanas, y fieles seguidoras de las predicaciones disidentes de sus morabitos reanimaron con su juventud las débiles cortes de los reyes de taifas. Arrancaron los viejos moldes y establecieron un nuevo régimen. Entonces debió fundarse el reino moro de Molina y su áspera comarca, desde la Medina Ocella al Tajo, por algún huido caudillo partidario de la dinastía Omeya que aplicó los métodos bárbaros de los almorávides o por algún príncipillo de las casas reinantes de los territorios limítrofes.

Borrosas debían ser las fronteras del reino de taifas molineses, el de los régulos Huculao, Abenhamar y Abencañon o Abén Galbón, que fueron los tres últimos monarcas moros de Molina de que se tiene noticia. Entre los reyes africanos más poderosos de la Península figuraban entonces los de Zaragoza, Valencia y Toledo, de quienes eran feudata-

(5) I. E. España, I, t. 1, p. 18.

(4) Historia de los musulmanes españoles, t. 2, p. 264.

rios otros menos importantes, entre los que pudo hallarse el de Molina. Parece ser que primero fueron tributarios los reyes de la taifa molinesa del monarca valenciano, algún tiempo después del aragonés y por último de los monarcas cristianos.

Todo esto, como puede suponerse, no está muy claro. El desmembramiento de España en reinos de taifas se generaliza en 1030 al morir Hixem III, último califa nominal. La autoridad indiscutible del maestro Menéndez Pidal asegura (5) que la frontera inferior o del Tajo se dividió en pequeños reinos regidos por dos familias berberiscas de las antiguas, muy arabizadas. Otra vieja familia dominaba en Santa María de Oriente o Albarracín; es decir, en el territorio que después se llamó así. Esta rama de la nobleza musulmana la constituían *Sabebs* o caudillos independientes de la familia de Aben-Razyn, que fueron soberanos de de la Azahila y de Albarracín. Empezó este último reino moro, inmediato al molinés, en el año 1010 con Hodhay I el Daulaj Abu Mohamed, pasó en 1070 la corona de los Razyn a Abd el Melek II el Daulah Abu Merwan y terminó en 1102 con el régulo Yahya, habiendo intercalados entre éstos otros tres más.

Amigos o familiares de esta gente notable debieron ser los reyes árabes de Molina; de 1046 a 1081, al menos geográficamente, el minúsculo reino molinés formaba parte de la sultanía de Motadir y en 1091 el territorio de Zaragoza, cuyo soberano era a la sazón Montain Aben Hud.

Sabemos que en 1092 el califa cordobés Jusf ben Taxfin envió a su general Aben Aixa para que sometiera a los emires rebeldes de Valencia, Murviedro y Molina, sin lograr su propósito, dado lo áspero del terreno, en cuanto al último se refiere. D. Ramón Menéndez Pidal relata (6) lo que sigue: «Cuando el Cid recibió en Valencia la noticia (de que se hallaban en Medinaceli Doña Jimena y sus hijas) llamó a su sobrino Pedro Vermúdez, a Nuño Gustioz, cuñado de Doña Jimena; al leal burgalés Martín Antolínez, y les mandó que cabalgasen con cien caballeros armados como para lidiar. Pasareis por Santa María de Ben Razín, les dijo, e iréis a Molina, que está adelante; de ella es señor, el moro Ben Galbón, mi amigo de paz. Este os habrá de acompañar con otros cien jinetes, y juntos id a Medinaceli, donde hallareis a mi mujer y a mis hijas; traedlas acá con los más grandes honores; yo me quedaré en Valencia, que no puedo desampararla».

Los enviados, efectivamente, fueron a Molina, donde el régulo

(5) La España del Cid, t. I, pág. 81.

(6) Idem. págs. 532 a 534, t. IX.

Aben Galvón los hospedó con gozo. Rodrigo Díaz de Vivar le pedía cien soldados de caballería, pero él duplicó el escuadrón, y todos juntos cabalgaron, entre nubes de polvo, hasta Medinaceli, la ciudad en la que murió Almanzor.

Alvar Fáñez de Minaya, que custodiaba las damas, apenas descalgó el rey moro fué a abrazarlo y lo besó en el hombro, según la costumbre musulmana, y lo mismo hizo Aben Galvón. Este habló así, según la Crónica: «¡Muy dichoso día con vos, Alvar Fáñez! Traeis a mis tierras estas dueñas, por las que siempre valdré más. Honraré a la mujer y a las hijas del Campeador, pues tal es la ventura del Cid, que aunque le deseáramos mal, no se lo podríamos hacer; o en guerra, siempre tendrá parte en lo nuestro, y mucho es torpe quien no reconoce la verdad». Ante tan corteses razones del rey mahometano de Molina, el caballero cristiano le contesta: «¡Ben Galbón, fiel amigo sois del Campeador! Si Dios me hace llegar a Valencia, que mis ojos vean al Cid según desea mi alma; vos no perderéis nada de esto que haceis. Y ahora vamos a tomar posada, que la cena está ya lista».

Pasaron la noche en Medinaceli y con el alba se pusieron todos en marcha, camino de Molina, llevando a las damas en el centro, por entre los sabinars del campo de Tarance. Pasaron por el término de Luzón, cubierto entonces de pinares y carrascales, hasta que por fin, tras de dura jornada, llegaron a Molina, donde Aben Galvón les dispuso un espléndido acomodo, especialmente a las señoras y a los caballeros principales. Para todos hubo albergue y cumplida mesa, e incluso herró el rey por su cuenta todos los caballos del escuadrón castellano. En los días siguientes acompañó al cortejo cidiano hasta Valencia o muy cerca de esta plaza, volviéndose con los jineas a sus Estados. Esta sólida amistad del caudillo burgalés con el monarca moro de Molina se comprueba por el *Cantar de mio Cid* y por las crónicas generales de la época; episodios posteriores, cuyo relato nos apartaría del tema, revelan la grandeza de alma de Aben Galvón frente a la miserable conducta de los infantes de Carirón, yernos de Ruy Díaz de Vivar. Baste decir que la *Crónica general* señala: «El rey Abencaho (Aben Galbón) salió con mucho acompañamiento a recibirles a Medinaceli; vinieron por el Valle de Alvijuelo y el Campo de Tarrazón a Molina, donde descansaron y fueron muy agasajados del rey Avencaho, quien las cortejó y acompañó hasta Valencia. Casadas después—las hijas del Cid—con los condes de Carrión y de regreso a Castilla, aunque pasaron por lugares del Señorío, no entraron en Molina; pero después que fueron maltratadas por sus maridos—en el robledal de Corpes—volvieron a Molina, donde fueron muy agasajados».

Aunque independientes, los reyes moros de Molina pagaban algún tributo a otros monarcas más poderosos, árabes unas veces y cristianos otras. Así el Arzobispo Don Rodrigo Ximénez dice (7): «Como los moros de la Celtiveria negasen el tributo al rey Don Fernando de León, habiendo pasado con sus ejércitos les obligó a pagar vasallaje antiguo; por lo que el rey moro de Molina, Abenhamar I (anterior a Ben Galvón) consintió en pagar su tributo.» La *Crónica de Cardena* dice que el Cid «tomó a Monreal y Alhama, y desde allí guerreó e hizo tributarios a los reyes de Calatayud y Molina. En la obra *Grandezas de España* (8) se lee: «Fué preso en una batalla el rey moro de Molina, y se hizo tributario del Cid, al que envió ricos presentes luego que llegó a Molina.»

Como se sabe, el período de los llamados reinos de taifas, que corresponde al siglo XI, es el más oscuro de la España musulmana. Forma una transición entre el califato de Córdoba y el imperio de los almorávides. En 1053 fundó una nueva dinastía en Zaragoza el rey Suleimán Ben Hud, árabe de la tribu berberisca de Chodan. Uno de sus hijos, llamado Mohamed Adidod Daula, reinó en Calatayud, y otros próximos parientes del zaragozano en territorios limítrofes. ¿No serían de este linaje o familia algunos de los reyes moros de la inmediata Molina, en la traifa del Jalón al Gallo y al Alto Tajo? La mayor parte de la actual provincia de Guadalajara (Alhola Almanxia) perteneció al rey de Zaragoza, hijo de Suleiman, Ahmed I, que sucedió a su padre en el trono. Molina era entonces un territorio de soberanía dudosa, con un caudillo o reyezuele al frente.

El africano Yusuf, por fanatismo religioso y político, acabó en el siglo XII con los minúsculos reinos de taifas. ¿Cómo fué ésto? Dozy nos lo dice: «Hacia el fin del siglo XI, cuando la España musulmana pasó del poder de los reyes de taifas al de un príncipe africano, que había venido como aliado y luego destronó a los reyezuelos indígenas, se operó en el país una brusca y funesta revolución. La civilización cedió el puesto a la barbarie, la inteligencia a la superstición, la tolerancia al fanatismo». El reino de Molina no conoció esa tiranía sangrienta, pues Hucalao, Abenhamar y Aben Galbón fueron régulos tolerantes, que hacían posible la convivencia entre árabes, cristianos y judíos, hasta que, según Jerónimo de Zurita (9), «Don Alfonso el Batallador, rey de Aragón, el año 1122, ganó a Milmarcos, Anchuela y Guisema (luga-

(7) Historia de España, lib. VI, cap. XIV.

(8) Capítulo XL, folio 156.

(9) Anales de Aragón, lib. I, cap. XLV. Lo confirma Mármol en su Historia de Africa.

res molineses); el año 1224, ganó a Medinaceli y al año siguiente estuvo en Molina, como tributaria que era, aunque habitada de moros». Cinco años más tarde, en 1120, ya habían reconquistado el antiguo reino moro de Molina definitivamente y totalmente.

Si los árabes no fundaron la ciudad de Molina en las rientes vegas del río Gallo, debieron reconstruirla aprovechando las ruinas de poblaciones más antiguas, y la fortificaron con un soberbio castillo y varios lienzos de sólidas murallas, que aun pueden verse en nuestros días. Sánchez Portocarrero se inclina a creer (10) que Molina viene de la voz árabe *Mozlína*, que quiere decir *Salvada*. De Alcoroches, pueblo del minúsculo reino moro molinés, era el famoso bibliófilo árabe Mohamed Ben Ayan Al-Arocha, citado por D. Anselmo Arenas en su *Octava reivindicación histórica*. Los árabes dejaron en tierras de Molina una interesante tradición artesana que todavía subsiste y un sistema de riegos que aun perdura en sus huertas, taraceadas de acequias y moteadas de albercas. Construyeron además gran número de aceñas, alcaicerías, alfarerías y puentes.

Molina era por los días de la Reconquista (1129) algo así como el estilo mudéjar en el arte; producto de dos civilizaciones que después de luchar varios siglos por alcanzar una de ellas la supremacía, acaban por compenetrarse y tomar una de otra aquellos elementos que la respectiva idiosincracia no rechaza ni prohíbe. A su lado vivía la raza parasitaria y maldita de los judíos.

Unos años más tarde, sobre los montes talados y los pueblos destruidos por la guerra, el conde D. Manrique de Lara fundó el Señorío de Molina, independiente de las coronas de Aragón y Castilla.

POST SCRIPTUM

Respecto a la independencia total del reino árabe o musulmán de Molina; dice el Licenciado D. Gregorio López de la Torre y Malo en su *Chrográfica descripción del Señorío de Molina* (siglo XVIII), que «en Monreal, donde hay un castillo en el que habitó el Cid Campeador, y (desde allí) ganó a Peñalcázar, castillo muy fuerte azia Soria, y ganó batallas e hizo tributarios a los reyes moros de Molina, Albarracín, Calatayud y Teruel».

El P. Juan de Mariana—Historia de España, lib. I, cap. XV—dice: que Molina cuando se ganó a los moros en el año 1126 era tributaria

(10) Antigüedad del Muy Noble y Leal Señorío de Molina, Madrid, 1641.

de los cristianos. Pero es preciso indagar—porque no está claro—cuando se ganó a los árabes; mejor dicho, quién la hizo tributaria y cuándo.

Sandoval, en su *Vida de Don Fernando I, el Magno*, dice que este rey «llegó con sus armas al campo de Tarance», citado en el *Poema de Mio Cid* y perteneciente al régulo árabe molinés; añade luego que el dicho monarca estuvo en plan de algará en 1039 por los alrededores de Medina-celi y que «en 1065 volvió contra Molina Coeli y las tierras comarcanas, en que se incluye Molina».

Ya señalaba López Malo (pág. 34) que los alrededores de Medina-celi, límite con el reino de taifas molinés, «fueron siempre teatro de guerra en tiempo de moros, por ser por allí la entrada y salida de los musulmanes para ir de Córdoba a San Estevan, y a Gormaz, y a las Castillas, como así refieren Sandoval, Morales y Bleda, y así es el país de más castillos y atalayas que hay en España, y en fin, hasta que los moros fueron echados de la Castilla hubo grandes ejércitos en Medina-Coeli, la que fué ganada por Christianos antes de la guerra, año 1124».

Lleva razón el historiador molinés, pues los moros levantaron numerosas fortalezas, torres y atalayas en todo el territorio árabe que nos ocupa, habilitando al mismo tiempo muchas de las fortificaciones celtiberas, romanas y visigodas que aun subsistían en pie. En la magnífica obra *Castillos de Guadalajara*, del Sr. Don Francisco Layna Serrano, podrá el lector hallar la descripción detallada de los más importantes, como lo es el soberbio castillo alcázar de Molina, hoy monumento nacional, aunque Layna opina que data del siglo XII, quizá porque fué alzado sobre las ruinas de una fortaleza árabe y conservando la traza primigenia, pues tiene que reconocer que el de Molina «es un castillo grande y desgarrado que recuerda más a las alcazabas morunas que a las fortalezas cristianas de la Edad Media». Ocho torres, dice Diego Sánchez Portocarrero (11) que defienden el recinto amurallado, y así es en verdad, con un albacar o patio exterior también murado y de cuyas esquinas partían las murallas que rodeaban la población hasta el río Gallo, que hacía de foso natural. La «mansión señorial y guerrera» de Caltill-nuevo también debió ser árabe en su fundación, lo mismo que el famoso castillo de Zafra, del que Layna opina «fuera construido por los árabes», a juzgar por un pergamino escrito en grafía aljamiada y que se ha perdido. La razón de más peso es que ya existía en tiempos del conde D. Manrique de Lara, primer Señor de Molina, pocos años después

(11) *Historia del Señorío de Molina, Mss. K-1556 a 1558. Biblioteca Nacional.*

de la reconquista del territorio, según consta en varios documentos de la época. Se alza en el término de Campillo de Dueñas, cerca de Hombrados, y según un informe mandado hacer por Felipe II, «esta todo fundado sobre un peñón de arena fuerte, que tiene de largo 156 varas y de ancho 32, por cincuenta o más pies de alto». La torre existente del antiguo castillo de Cobeta es de corte árabe y hay pruebas documentales de que ya existía en siglo XII. El derruido castillo de Fuentelsaz también debió ser de fundación agarena y lo cita repetidas veces Zurita en sus *Anales*. En el camino de Castilla Aragón se alzan los torreones, lo poco que de ellos queda, de los históricos castillos de Mesa, Villel (12) y Establés, aunque reedificado éste último en el siglo XV por el orden del Conde de Medinaceli. Del de Villel opina Layna que fué construido «posiblemente en la época árabe, cuando la atomización de los reinos de taifas favoreció tanto con las luchas civiles entre musulmanes la reconquista cristiana». Hay otros como el enriscado de Algar sobre el río Mesa; Algar, palabra bereber que vale por cueva. Muchos de ellos utilizaron restos y ruinas de fortalezas visigodas, romanas y aun celtiberas, como el de Castil-Griegos, en las proximidades de Checa, sobre un cerro escarpado y dominando la vega; la torre torcida que dió nombre a Tortuera; los de Mochales, Castil-Blanco y la Torrecilla; las atalayas de Saceda, en Paralejos de las Truchas, de Campo la-Torre, en el despoblado de Chilluentes; el Torreón del Moro, entre Almallá y Tersaguilla; la Torre del Conde (13), en la Muela Utiel, entre Paralejos y Taravilla; varios torreones en las sierras de Aragoncillo y el fuerte de Al Mazareth o Mazarete; los de Cillas, Torremochuela, etc, y muchos más de los que se hace mención en los documentos que tratan de repoblar Molina, cuando se ganó a los moros, lo mismo en sus *Crónicas* y *Fueros* que en el nombramiento de alcaldes y visitas a las fortalezas del flamante Señorío de los Laras.

JOSE SANZ Y DIAZ

(12) Villel es voz árabe y significa casa sombría.

(13) Del Conde Don Julián, el traidor ceutí que abrió a los moros las puertas de España.